

tananas bajas abiertas, advertía á los dependientes de las casas de comercio en mangas de camisa ocupados en sus faenas, y es que en Veracruz se empieza á trabajar á las cinco de la mañana, y de ser cierto el proverbio «Al que madruga Dios le ayuda», Dios debe ayudar mucho á los Veracruzanos.

Acompañado de mi hermano me desayuné en los soportales del Café Universal con un café con leche riquísimo, acompañado de panes, pues los hay de *huevo, leche* y de *manteca*, todos á cual mejores y baratos y con la particularidad de que en Veracruz se desconoce la perversa imposición de la propina. Visité la ciudad, pequeña, pero tan simpática como amables y cariñosos sus moradores. Su comercio, sin ser lo próspero que fué hace años, aún lo es bastante, y aún existen grandes casas de comercio como la de Julián Aragón y hermano, que gira tres millones de pesos al año. Muy importantes son también las varias fábricas de tabacos que allí existen, mereciendo especial mención las de Balsa Hermanos y la de mi particular y que-

rido amigo D. Francisco Rendón á quien yo conocía ya de Europa. El tabaco mexicano en su elaboración nada desmerece del de Cuba; lo que sí carece es de su exquisito aroma.

En los dos días que permanecí en Veracruz visité las principales fábricas y casas de comercio y en todas me acogían como á un íntimo amigo; en todas partes me prodigaban apretones de manos, abrazos y puñados de puros. Yo protestaba alegando que tenía para fumar lo menos un año, y me atajaban diciendo: «Pero de estos no tiene usted; es una vitola elaborada expresamente para mí».

De vez en cuando me veía obligado á regresar al hotel para depositar aquella cosecha de puros que iba recogiendo.

Un detalle muy original de los escritorios de Veracruz es que los techos y las paredes están literalmente cubiertos de tela-arañas. Esto proviene de la preocupación generalizada de que el quitarlas trae mala suerte, y tan extendida está la idea, que dudo exista un escritorio que carezca de este ornamen-



to, lo cual les dá un aspecto de suciedad muy pronunciado. Yo presumo que el origen de esta aberración tendrá por causa que estando la población infestada de moscas, en manera alguna conviene destruir las arañas, sus implacables enemigos.

El Casino de Veracruz, conocido con el nombre de «Lonja», es sumamente modesto y muy poco frecuentado durante el día. Su existencia no me la podía explicar, pues los socios acuden solo de noche y su visita se limita á coger una silla ó butaca para sentarse en medio de la calle, que es donde hacen la tertulia, y sin riesgo alguno de ser atropellados por un carruaje, pues *ni uno solo* existe en la población.

Para dar una idea de la honradez del pueblo Veracruzano, citaré el hecho de que hasta hace tres años de la fecha que escribo estas líneas no existía casa-aduana, y la enorme cantidad de mercancías siempre existentes y pendientes de despacho se hallaba colocada al aire libre, sin un cercado siquiera, y casi me atrevo á decir que sin un

solo vigilante. A pesar de esto rarísima vez ha desaparecido un bulto.

Una de las familias que más contribuyeron á hacerme agradable mi primera estancia en Veracruz fué la del Sr. Juan R. Pasquel, pariente mío y uno de los comerciantes más honrados y queridos de la población. En su casa probé por primera vez el huachinango, que es el pescado más sabroso y apreciado en México. Tiene mucha semejanza con la merluza, pero es más fino. Después de Cádiz, creo que en parte alguna del mundo se fríe el pescado como en Veracruz, y esta es la población de México donde seguramente se come mejor; y gracias á la exquisita finura de la familia Pasquel hice *conocimiento* con los más afamados y sabrosos platillos, como allí los llaman, mereciendo especial mención el tamal de cazuela, las jaibas rellenas, la tortuga guisada y los frijoles refritos. El ramo de repostería también es muy bueno y variado.

El único paseo existente en Veracruz y donde se respira á medias, es el llamado la



Huaca, cuyo nombre tiene un origen muy gracioso: hace muchos años aquello era un campo incultivado, y un inglés que en aquella época residía en Veracruz descubrió que en él corría algo de fresco. En busca de él iba todos los días á la caída de la tarde, y cuando sus amigos le encontraban le preguntaban: ¿Dónde se vá, dónde, Guillermo?, contestando él con la flemma de los de su raza «*I am gonig to walk*». (1) El inglés empezó á tener imitadores, que dirigiéndose á aquel campo decían: «Voy como el inglés, á Walk», palabra que con el tiempo degeneró en Huaca y más tarde en La Huaca, que es hoy el nombre del paseo, bastante distante del centro, pero al que se vá por medio de un pequeño tranvía, que por cierto debe rendir pocos intereses á los accionistas.

Al cabo de tres días de permanencia en Veracruz decidí marchar á la capital; arreglé mis *petacas* (nombre que dan en México á los baules y maletas) y una mañana á las seis de la misma tomaba el camino de *fierro*

(1) Voy á pasearme.

que había de conducirme á la gran *Tenochtitlan*.

Los mexicanos han aprendido mucho de sus vecinos los yankees, que son poco aficionados á perder el tiempo, y de ello me pude convencer al instalarme en un hermoso y cómodo wagón desde el que, en lugar de oír gritar un sinnúmero de veces «Señores viajeros al tren» y todo ese interminable aparato de campaneo, pitazos y demás, solo oí una voz de «*Amonos*»; y sin otro aviso se puso en marcha el tren.

Al abandonar Veracruz, reflexionaba yo que sus habitantes, por lo bondadosos, alcanzarían casi todos el reino de los cielos, pero aquellos pocos cuyo destino fuera la mansión del príncipe de las tinieblas al llegar al término de su viaje, de cierto pensarían que la nave que les condujera había tocado algún banco de hielo, pues el infierno comparado con Veracruz debe ser un lugar fresco.